

## Black Shadow

**Author :** Hector Prieto de la Calle

**Categories :** [Relatos](#)

**Tagged as :** [Aventura](#), [Black Shadow](#), [Pulp](#)

**Date :** enero 22, 2015



*En la ciudad de Reynolds, situada en la costa este de Estados Unidos, la corrupción, el crimen y la violencia campan a sus anchas. Durante un período tan complicado como los años previos a la Segunda Guerra Mundial, la policía no se establece como el cuerpo que haga cumplir la ley y hacer sentirse seguros a los ciudadanos; es por ello que una figura se alza sobre este terror que atenaza a la ciudad.*

*Las leyendas dicen que es más que un hombre. Algunos dirían que es un demonio. E incluso hay quien, ignorantes de lo que realmente sucede, piensan que ni siquiera existe y sólo es un cuento para asustar a los niños. Pero todos los comentarios que podrás escuchar comparten algo en común: la oscuridad le obedece.*

*Decidido a limpiar las calles de su ciudad, Grant Maxwell combate el crimen con aquello de lo que no se puede escapar. El miedo a la oscuridad es muy real y Black Shadow sabe cómo*

*valerse de ello. Hombre de negocios, maestro del disfraz, casanova, justiciero.*

*En esta primera aventura, que nos sitúa un año después de la desaparición del héroe, descubriremos qué le ha sucedido a la ciudad en su ausencia, presenciaremos emotivos reencuentros y seremos testigos de la lucha que debe librar Black Shadow con El Príncipe Escarlata, un terrible asesino que ha acabado con la vida de dos decenas de mujeres.*

La noche invitaba a salir a pasear, algo que Richard y Meredith habían decidido hacer. La ciudad de Reynolds poseía uno de los marcos más románticos de la costaeste: el parque Roma. Emplazado en la parte central de la ciudad, el parque Roma era un terreno de 7 hectáreas de idílica naturaleza; con fuentes que recordaban las que se encuentran en la capital italiana, el parque era un lugar favorito de las parejas de enamorados. Richard quería hacer de esa noche, algo mágico; llevaba tiempo preparando ese momento, en el que se declarase a Meredith —su amor desde el instituto y con la que llevaba nueve años de relación—. Lo tenía todo preparado: una cena romántica en casa, un paseo bajo la luz de la luna por el parque cuando se acercasen a la fuente de Cupido, se declararía a ella.

Pero el destino es caprichoso y no quería que Richard y Meredith terminasen juntos. Así, emboscándoles cerca de la fuente del ángel del amor, dos encapuchados los asaltaron para robarles, varios disparos rompieron el silencio de la noche y la Muerte se abalanzó sobre la pareja. Yacían, inertes, los dos juntos; abrazados en un intento de no separarse nunca, a pesar de que la Muerte los reclamase para Ella.

Los dos encapuchados corrieron a ponerse a cubierto. Su botín, apenas 17 dólares, no les daría para mucho pero al menos les podría bastar para emborracharse esa noche y olvidar lo que tenían que hacer para sobrevivir. Pero cuando ambos se pensaban a salvo, ocultos en la parte más oscura de un callejón, una figura pasó por encima de sus cabezas; éstos, sin percatarse de la presencia de aquella figura, se repartían el escaso botín decidían en qué licorería gastarlo. De repente, la oscuridad se cernió sobre ellos; una forma, que parecía arrastrar tras de sí las sombras del callejón, cayó desde varios pisos por encima de la calle y aterrizó frente a ambos asesinos. Uno de ellos, el que disparó a Richard y a Meredith, tuvo la sangre fría suficiente como para volver a desenfundar la pistola -aún caliente tras los disparos- y apuntar a aquel desconocido que se incorporaba frente a los dos.

De pronto, la oscuridad se retorció, aquellas sombras que hasta el momento habían representado la seguridad para ambos hombres, se deslizaron desde todos los rincones para convertirse en su peor pesadilla. El miedo que siente el ser humano a la oscuridad, no es algo irracional, es un recuerdo de nuestros antepasados, cuando sobrevivían a las sombras reunidos en torno al fuego de una hoguera. Pero en ese callejón no había luz que los protegiera, no había una hoguera que representara el lugar seguro... sólo había sombras. Sombras que se enredaban en torno al brazo que sujetaba la pistola, que lo obligaba a retorcerse, apuntarse con el arma directamente a la cara; el terror de aquel hombre era un justo pago por el terror que había causado minutos antes. Y otro disparo se escuchó en la ciudad.

El otro hombre salió corriendo, despavorido, del callejón. Las sombras le seguían, como enormes serpientes, reptando en torno a él, abalanzándose en un intento de atraparlo pero él corría más rápido que ellas. Apenas seis metros le separaban de la amplia avenida que suponía su salvación, en la que la luz de las farolas, de las marquesinas y de los coches, lo mantendría a salvo de las sombras. Pero cuando la oscuridad te persigue, es muy difícil escapar de ella; y en un momento en el que el hombre se sentía a salvo, en el que sabía que iba a lograrlo, las sombras lo atraparon por la cintura, se enroscaron a su tobillo, haciéndole caer y llevándolo de nuevo hasta el interior del callejón. Otro disparo y la noche quedó en silencio.

Grant Maxwell es su nombre. Millonario, filántropo, mujeriego... el hombre que todas las mujeres desean y al que todos los hombres odian. Ojos azules, una perpetua sonrisa, porte de modelo y una de las fortunas más importantes de Reynolds, hay quien le llama la perla de la costa este.

Un hombre forjado a sí mismo, que heredó la fastuosa fortuna de su familia cuando sus padres fallecieron en un terrible accidente de tráfico cuando él era un niño. Desde entonces, Grant Maxwell ha recorrido el mundo, se ha educado en las mejores escuelas internacionales y ha aprendido de los más grandes maestros. Domina varios idiomas, posee un arco de habilidades tan amplio como la cocina, la conducción, el baile o la literatura de los clásicos.

Y este año, el soltero más codiciado de Reynolds, ha cumplido su mayor reto: un viaje alrededor del mundo pilotando él mismo su propio avión. Todo un ejemplo del arrojo que Estados Unidos puede ofrecerle al mundo, recogido en el ego de un hombre que [...]

Gary G. Gilmore, editor jefe del Reynolds Herald, dejó de leer el artículo y miró —por encima de la montura de sus gafas— a su reportera estrella. Bettsy Bodeck era una mujer dura, decidida, tenía las cosas claras con lo que quería y que Dios se apiadase de quien se interpusiera en su camino; tenía todo lo que un gran reportero debía poseer para ser portada de la edición diaria. Y por eso mismo resultaba el mayor dolor de cabeza que Gilmore podía padecer.

— Bettsy, cariño, te repito que no puedo poner esto en portada. —apenas había terminado de articular su frase y la joven reportera apoyó sus dos manos sobre el escritorio, cargando todo su peso sobre ellas en un intento de aumentar el dramatismo de su respuesta. —Vamos Gary, deja de llamarme cariño y trátame como a la reportera que soy. ¡Me merezco la portada!

Lo peor era que tenía razón, Bettsy había hecho un artículo bueno. Duro y demasiado directo pero bueno al fin y al cabo. El problema radicaba en que Grant Maxwell era el principal accionista del Herald, lo que le convertía en el jefe de Bettsy y del propio Gary. Publicar ese artículo, pese al buen humor que demostraba tener Maxwell, era situar una cuerda en torno al cuello de Gary y del equipo del Herald. Decidido, aunque temiendo lo que tenía que decir —más por la reacción de Bettsy que por su propia respuesta— Gary se levantó de su asiento y le

devolvió el artículo a su reportera estrella.

— He dicho que no. Fin de la discusión.

— Pensé que defendías el periodismo.

— Y lo hago, Bettsy, por eso mismo estoy diciéndote que no pienso publicar esto.

La discusión continuó durante media hora más, resultaba un tira y afloja en el que el editor jefe soportaba los envites de la joven reportera. Desde la redacción, todas las miradas estaban atentas en lo que sucedía en aquel despacho que, por sus paredes de cristal, ofrecía un espectáculo digno de las películas más catastrofistas de Hollywood. De pronto, un joven reportero cruzó a la carrera la redacción y entró en el despacho de Gary G. Gilmore, sosteniendo un papel en la mano. El editor leyó aquel mensaje y se lo tendió a Bettsy, la joven reportera hizo lo mismo que su jefe y la discusión terminó en aquel momento; sin saber lo que se dijo en aquel despacho, editor y reportera salieron de allí y en la redacción sólo se escuchó la voz de Gary G. Gilmore por encima de todas las demás.

— ¡Tráeme esa noticia y estarás en la portada! —Bettsy ya había echado a correr mientras su editor terminaba aquella orden.

Media hora después, la reportera llegaba hasta el callejón que la policía mantenía cerrado al paso de curiosos. Cuando Bettsy trató de superar el cordón policial, un agente uniformado le cerró el paso; las protestas de la joven reportera llamaron la atención del detective Dan Maddock, éste avisó al agente para que la dejara pasar y mientras lo hacía, Bettsy le lanzó a ese mismo agente una sonrisa de soberbia. Luego, con paso decidido, se acercó hasta Maddock con su libreta en la mano, dispuesta para desentrañar los misterios que envolvían aquel doble asesinato.

— Bettsy Bodeck. No has devuelto ninguna de mis llamadas. —le espetó Maddock cuando ella llegó a su lado.

— Lo haré cuando tengas algo interesante para mí.

— ¿Un doble asesinato te sirve?

Maddock y Bettsy tuvieron un pasado en común, uno bajo las sábanas de ella. Pero el trabajo siempre terminaba compartiendo lecho con ellos y Maddock, que ya supera los cuarenta y quiere algo más estable, decidió cortar por lo sano. Pero entre ellos, a pesar de los meses que han pasado desde su ruptura, sigue existiendo esa chispa que habita entre las personas que compartieron algo juntos.

— Desde luego, sabes cómo cautivar a una chica, detective. —apuntó doble asesinato en su libreta.

— Pues estos dos son Jimmy y Sam Collins, hermanos y naturales de Reynolds. Y dos grandes piezas que han entrado y salido de la prisión más veces que horas tiene el día. —Bettsy anotaba con rapidez para luego redactar el artículo, no perdía detalle de lo que le contaba el detective— Anoche dispararon a una pareja en el parque Roma y vinieron aquí a repartirse el ridículo botín pero, por alguna extraña razón, terminaron disparándose uno al otro.

Aquello llamó la atención de Bettsy. ¿Dos hermanos tan unidos se disparan el uno al otro? Algo no cuadraba en ese cuadro que le pintaba el detective Maddock. Le miró, mientras él seguía describiendo lo que la policía pensaba que había sucedido, ella estudiaba sus gestos, le conocía y en seguida supo lo que pasaba.

— Me estás engañando. —Maddock se detuvo en seco con la palabra en la boca. — Hay algo que me estás ocultando, detective. —dejó caer esa palabra como un mazazo.

— Eh... no, señorita Bodeck. No se le oculta nada a la prensa.

— Sabe usted, detective, que existe algo llamado Primera Enmienda, ¿no?

Maddock, al escuchar aquello, se dio la vuelta y tras agarrar del brazo a Bettsy, la apartó a un lateral del callejón, lejos de oídos curiosos.

— Mira Bets, si no te estoy diciendo algo, es por tu propio bien. ¿Acaso piensas que me siento cómodo con esto?

— ¿Con qué Dan? ¿Qué me estás ocultando?

— No puedo, Bets. Si alguien se enterase de esto, etiquetaría como estúpidos a todo el cuerpo policial. Y la carrera de ese periodista se iría por el desagüe. No puedo hacerte eso. —Maddock la miró a los ojos y Bettsy supo que decía la verdad. Eran aquellos mismos ojos que la miraban cuando se despertaba junto a él, aquellos ojos que sonreían de sinceridad cuando la decía que era el hombre más feliz del mundo.

— Vale, esto es completamente extraoficial. —con todo el dolor de su corazón, Bettsy se obligó a decirle eso. Maddock miró alrededor, se cercioró que nadie pudiera oírles pero para asegurarse, se acercó al oído de ella y le susurró la respuesta que había buscado.

— Él, ha vuelto.

Su capa ondeó al viento. Desde que era pequeño deseó ser como los héroes de aquellos folletines que leía, corriendo por las barandillas de galeones piratas, cruzando a caballo el desierto en busca de un fugitivo, o luchando contra aquellos salvajes de la jungla mientras rescataba a la mujer de su vida. Y ahora se encontraba allí, haciendo aquello mismo que el niño de 7 años deseaba con todas sus fuerzas.

Se lanzó desde la azotea del hotel y cayó al vacío, treinta plantas de altura le separaban del suelo pero la sangre fría primaba sobre el resto de sensaciones y no dejó que el pánico se apoderase de él. La oscuridad respondió a su llamada y le recogió en su caída, depositándole suavemente en el suelo. Tras ello, se lanzó de nuevo a la carrera por las calles de su ciudad; en la lejanía el reloj de la catedral anunciaba las nueve de la noche. Apenas quedaba tiempo y debía darse prisa, se esforzó al máximo y utilizó las sombras para impulsarse, nuevamente, hacia el cielo de Reynolds.

— Lamento llegar tarde, alcalde.

Los ocupantes de la mesa miraron al hombre que acababa de aparecer. Alto, apuesto y sonriente.

— Señor Maxwell, no tiene de qué disculparse. Tome asiento, por favor, y permítame ponerle al tanto de la conversación que estábamos teniendo.

El alcalde Deimos era un hombre rechoncho, no muy alto, vestía siempre trajes de tonos arena que no le hacían ninguna justicia a su físico. Pero lo que llamaba la atención de él era su despampanante mujer, una esbelta y sensual rubia que se encontraba, en ese momento, sentada junto a su marido y que dedicó a Grant Maxwell uno de los gestos más eróticos que podían hacerse con la mirada. Junto a ellos, sentados en la mesa, se encontraban veinte personas que representaban la flor y nata de la élite de Reynolds. Hombres de negocios, redactores de noticias, banqueros, jueces, agentes de la ley... y todos ellos parte de la más hedionda mugre que corrompía la ciudad. Pero Grant Maxwell se forzó en sonreír, en recordar las historias que leía de pequeño, aquellos relatos en los que el héroe debía mantener un disfraz que mantuviera el secreto de su auténtica identidad para que nadie descubriera que él era la persona que —normalmente amparado en la protección de la noche— combatía la injusticia sin descanso.

La conversación acompañó a la cena, durante casi dos horas los comensales intercambiaron historias sobre el viaje que Grant Maxwell había hecho alrededor del mundo. Tras las anécdotas sobre lo encontrado en esa odisea, el resto puso al corriente al joven millonario de lo sucedido en la ciudad y cómo ésta había superado su periplo con el justiciero que aterrorizó, hacía ya un año, a la “buena gente” de Reynolds.

— [...] y desapareció. Tal cual como apareció, su presencia se desvaneció; lo cual es una lástima porque me hubiera gustado esposarle y meterlo en una celda. —Lucca Diriz era el Capitán de la Policía, un hombre tan corrupto como el propio Deimos y del que se sabía que mantenía lazos con las familias mafiosas de Reynolds.

Maxwell no pudo contenerse.

— Pues según tengo entendido, ese hombre se rió en su propia cara cuando lo encerró en su despacho. —Diriz palideció al escuchar aquello de boca de Maxwell, aquel suceso ocurrió la primavera pasada y fue portada de todos los periódicos.

— Ese hombre es un terrorista y un asesino despiadado. —Diriz trataba de desviar la conversación pero Maxwell no le daba tregua.

— Sí, y seguramente sea un fascista que apoyaba a Hitler. —el comentario de Maxwell hizo reír al resto de comensales, salvo a Diriz que iba mostrando cómo su enfado aumentaba por momentos.

Sólo el comentario de la mujer del alcalde, puso fin a la discusión.

— ¿Y qué me dice de ese otro loco que tenemos ahora, Capitán? —Maxwell cayó de inmediato y la miró— Ya van casi veinte mujeres muertas y la policía no hace nada.

— Bueno, estamos trabajando en eso pero una investigación no es tan fácil como la pinta

Hollywood o las novelas que tan de moda están. —Diriz comenzaba a enrojecer, no sabría decirse si de vergüenza o de irritación al sentirse acorralado.

— Si me disculpan, debo ausentarme. Se me ha hecho tarde y tengo una cita en media hora.

Grant Maxwell se levantó de la mesa y el resto de comensales se despidió de él. Algunos comentarios de Deimos y los otros hombres sugirieron si aquella cita tenía buenas piernas y Maxwell sonrió, dándoles la razón y acallando cualquier rumor sobre su ausencia. Acto seguido, cuando salió a la calle y montó en el taxi que le pidieron, Maxwell sopesó su siguiente acción; había estado mucho tiempo fuera y había descuidado muchas cosas al volver a la ciudad; debía resolver ese problema de inmediato.

En la redacción del Reynolds Herald, Bettsy Bodeck trabajaba en su mesa. Casi siempre era la última en abandonar la oficina, si no se quedaba —como había hecho otras veces— trabajando toda la noche y amanecía en su propio puesto de trabajo. Comparaba sus notas una y otra vez, recordando aquello que Maddock le había pedido que ignorase; su conciencia le decía que lo olvidara, le prometió que no publicaría aquella información pero era una reportera, ¡debía informar de ello! Subrayó repetidas veces las iniciales BS, ¿realmente había vuelto? Había mucha gente que pensaba que Él era un asesino pero ella sabía, como muchos otros, que lo que hacía —a pesar de los métodos— era por una buena causa. En ese momento, Bettsy notó un escalofrío recorriéndole la espalda, se levantó de su mesa y se dirigió a uno de los ventanales desde los que podía ver toda la ciudad; veinte pisos por debajo de ella, la luz de la Avenida Pennyworth conseguía hacerla pensar en otras cosas. ¿Cómo era posible que a pesar del miedo que se respiraba en aquellos tiempos, la gente aún tuviera ganas de salir a divertirse? Cines, teatros, salas de fiesta... todos aquellos locales llenaban la Avenida y rompían con la sensación de temor generalizado. Vale, la Guerra había terminado, el fascismo había sido vencido y el mundo era libre... pero eso había sucedido varios meses atrás, ¡¡aún había familias llorando a sus muertos!!

Fue entonces cuando la oscuridad se formó tras ella. Al principio, recluida en sus pensamientos, Bettsy no se dio cuenta de ello; miraba hacia abajo y las luces de la Avenida impedían que viera cómo en la redacción las lámparas iban apagándose paulatinamente. No fue, hasta que el único foco de luz la iluminaba sólo a ella, que se dio cuenta que la envolvían las sombras.

— Pensé que estabas muerto. —dijo ella sin volverse.

— Lo estuve pero eso fue hace mucho.

— Huiste. Nos dejaste solos.

— Tuve que hacerlo. Si no me marchaba, todos podríais haber muerto. Pero no dejé de pensar en ti.—una mano surgió de las sombras y se posó en el hombro de ella. Se estremeció al notar de nuevo el frío tacto de su piel.

— Eso no me consuela. Por muy peligroso que fuera, no debiste haberlo hecho.

Ella apartó su mano y se giró, miró hacia la oscuridad donde sabía que estaría su rostro. Aunque nunca le había visto la cara, pues las sombras siempre se la ocultaban, sí que pudo disfrutar en una ocasión de la imagen de sus ojos y aquello terminó de enamorarla. Una

lágrima caía por su mejilla, él quiso volver a alargar la mano y secársela pero sabía que lo había rechazado, que el lugar que ocupaba en su corazón no era ya suyo. Así, decidió retirar las sombras y mostrarse ante ella.

— Has... cambiado. —dijo de forma lacónica. Él sonrió y se miró, pensando en lo que ella había dicho.

— Necesitaba un nuevo estilo. ¿Te gusta? Los guantes han desaparecido, y ya no utilizo ese incómodo gabán.

— La verdad es que aquella chaqueta me gustaba, te daba un aire militar.

— La Guerra ha terminado.

— ¿Y por qué has vuelto?

Silencio. ¿Cómo era posible que tratar con aquella mujer le resultara más difícil que lidiar con científicos locos, robots asesinos o pistoleros de gatillo fácil? Su rostro seguía envuelto en sombras pero una mueca de dolor se dibujó en su cara.

— Reynolds me necesita.—en cuanto pronunció esa frase, Betsy dio un paso hacia él y le propinó una bofetada que las sombras no detuvieron.

— No. ¡¡Yo te necesité!! — aquella sentencia le dolió más que el golpe que le había dado. La bofetada le dejaría una marca que terminaría yéndose pero la verdad le había hecho una marca en su interior, y esa no se iría tan fácilmente. — ¿Y ahora te presentas aquí y me dices eso? ¿Qué la ciudad te necesita?

— Betsy, está muriendo gente.

— ¡Al cuerno la gente! — su voz temblaba, en cualquier momento rompería a llorar y él sabía que no la gustaba que la vieran llorar, no soportaba ser débil. Se acercó a ella y la abrazó, no opuso resistencia y hundió su rostro en su pecho. Notó cómo dejaba que sus emociones rompieran la barrera de Mujer Dura que había formado en torno a ella y durante unos segundos no dijo nada.

— Siento lo que te he hecho. De verdad.

— Cállate, idiota.

Y durante varios minutos, la oscuridad envolvió a la pareja haciendo ver que la planta de redacción del Reynolds Herald, estaba vacía.

— Esto es todo lo que tenemos sobre los asesinatos.

Sobre su mesa, Betsy había desplegado todas las notas referentes a los crímenes que se habían cometido en la ciudad de Reynolds en los últimos dos meses. Todos compartían autor, al que los periódicos habían bautizado como El Príncipe Escarlata; durante ese tiempo, el asesino había acabado con la vida de casi una veintena de mujeres y la policía no tenía ninguna pista sobre su identidad ni parecía querer hacer nada al respecto.

— Son todas prostitutas. — dijo él, más afirmando que preguntando.

— Sí y por eso la policía no hace nada. Ese loco limpia sus calles y como no son mujeres importantes, parece que



a nadie le interesa.

— ¿Ni siquiera a sus chulos?

— Hubo uno que intentó dar caza al asesino pero la cuadrilla que mandó a buscarle y darle una lección, acabó destripada. El mensaje llegó con claridad a todas las familias que tienen negocios con chicas: si intentan detenerle, acabarán igual.

Se apartó de la mesa mientras ella buscaba entre los informes de una carpeta. Su mente se esforzaba en buscar pistas en todo lo que había leído pero no había nada que llamara su atención. Nada delataba siquiera que fuera un hombre pero la prensa, inmediatamente, lo había dado por hecho. Volvió a leer las notas, no había zonas concretas, le daba lo mismo atacar a las mujeres en un parque, que en mitad de la calle, que en sus propias casas. Sólo había algo que unía a todas las víctimas, su profesión. Y de pronto, se dio cuenta de un detalle que había pasado por alto y del que ni siquiera Bettsy se había percatado.

— Son consecutivas.

— ¿Qué? — la joven reportera miró extrañada al justiciero.

— Las víctimas, sus nombres son consecutivos. Mira.

Cuando se lo señaló, Bettsy se dio cuenta de lo obvio que era. ¿Cómo podía haberse pasado por alto? Estaba delante de ella y ni se había dado cuenta. Arleene, Brigitte, Caroline, Dinnah... Todas y cada una de ellas, la inicial de sus nombres seguía un patrón alfabético. Diecinueve víctimas hasta ahora, diecinueve letras y la siguiente era obvia: una mujer cuyo nombre empezase por T, moriría.

— ¿Y qué hacemos con esto? La policía pasará del tema, no le interesa meterse en este asunto y mucho menos

cuando esas mismas familias son las que meten dinero en el cuerpo policial.

— Debemos encontrar a la posible víctima, adelantarnos al asesino y cogerle antes que cuente con su vigésimo triunfo.

— Vale, ¿y cómo hacemos eso? Porque la última vez que miré, no creo que haya una centralita para prostitutas.

— Iremos a la fuente.

Apenas una hora después, estaba frente a la casa de Marco Fabrizio, uno de los capos de la ciudad. Antes de abandonar la redacción del Herald, se había despedido de Bettsy diciéndola que volvería a verla la noche siguiente y contándole su plan: hablar con las principales familias mafiosas de Reynolds y poner las cartas sobre la mesa. Iría familia por familia, exigiendo los nombres de sus contactos para sonsacarles los nombres de las chicas que trabajan para ellos; el asesino atentaba sólo contra ella pero él lo haría contra toda la familia, toda la organización sería su objetivo y para dejarlo claro debía ser contundente, brutal.

La casa estaba en las afueras, en la zona más rica de la ciudad, donde se mezclaban mansiones de actores con las de políticos. Con dos plantas, la vivienda se encontraba en el centro de una inmensa finca con pista de tenis, piscina y varias hectáreas de árboles; en un lateral, Fabrizio tenía un garaje con su colección de coches, siempre alardeaba de ellos y no

era para menos. Una docena de hombres vigilaban la zona, moviéndose de manera regular en grupos de tres, todos ellos armados. Se preparó para asaltar la casa. Las sombras lo envolvieron lanzándolo al cielo, lo había hecho cientos de veces, utilizar las sombras para moverse y dejarse llevar por sus corrientes. Cuando llegó al punto más alto de su trayectoria, giró en el aire, volteó y emprendió la caída continuando el arco que había iniciado; la velocidad era clave, aquello le permitiría moverse rápidamente y pillar desprevenidos a los hombres que vigilaban el perímetro. La noche acompañaba, había luna nueva y la oscuridad lo envolvía. Frente a él se encontraba el primero de los hombres de Fabrizzi, estaba en la terraza del primer piso, fumando tranquilamente un cigarrillo.

No le vio venir. Cayó sobre él y lo abatió de un golpe, su capa le permitió ocultarse de los guardias que pasaban en ese momento por debajo del balcón; afortunadamente la puerta al interior de la vivienda estaba abierta y sin pensarlo mucho, entró en ella.

Al acceder pudo escuchar las voces que discutían en la sala contigua, varios de los hombres de Fabrizzi hablaban sobre la compra que iba a efectuar la familia a finales de semana. Calculaba que habría dentro media docena de ellos, suponía que todos estarían armados. Mentalmente enumeró la lista de gente cercana a Fabrizzi y sopesó que aquellas seis voces corresponderían a sus lugartenientes, por lo que nos ería de extrañar que el propio capo estuviera en esa sala. Acogió bajo su capa las sombras de la sala, concentrándolas en un único punto las lanzó contra la puerta que separaba ambas habitaciones; el impacto hizo que estallara en miles de astillas y trozos que, de forma extremadamente violenta, llovieron sobre los hombres de Fabrizzi. El peor parado fue Ricco Fabrizzi, sobrino del capo, que en el momento de la explosión estaba de pie situado más cerca de la puerta. Murió en el acto. El caos se adueñó de la sala, dos de los hombres reaccionaron de inmediato y abrieron fuego contra la abertura que había quedado; vaciaron sus cargadores en apenas segundos mientras otros dos se apresuraban en cubrir la retirada de Fabrizzi. Pero él no había esperado a que reaccionasen.

Cuando Fabrizzi y sus dos hombres se acercaron a la puerta para salir de aquella sala, un manto de oscuridad asaltó la habitación. Surgiendo desde la otra sala, engulló a los dos hombres que habían abierto fuego contra él, los gritos de terror se escucharon por toda la mansión y los guardas del exterior, que ya habían sido alertados por los disparos, apremiaron el ritmo para llegar hasta su jefe. Uno de los dos guardaespaldas de Fabrizzi se dio la vuelta y disparó contra aquella masa de sombras pero no consiguió detenerla; inexorable, la sombra se aferró al arma del pistolero y reptó por su brazo para terminar cubriéndolo completamente. El pánico se apoderó de Fabrizzi que empujó a su hombre hacia la oscuridad para poder sacar más ventaja pero su acto fue inútil, cuando tomó el manillar de la puerta y comenzó a girarlo, un brazo surgió de las sombras lo sujetó por el cuello de la americana, arrastrándolo hacia la oscuridad. Lo último que escuchó Fabrizzi fue los golpes de sus hombres, desde el pasillo, arremetiendo contra la puerta pero esta se encontraba bloqueada por la oscuridad.

— Marco Fabrizzi.

La voz provenía de todas partes. Fabrizzi se encontraba rodeado por la oscuridad, sentía un frío sobrenatural que le hacía pensar si realmente seguía vivo.

— Sabes quién soy.

Sí, por supuesto que lo sabía. Igual que sabía que Él no necesitaba que le respondiera.

— Has robado. Has asesinado. Has hundido en la miseria a familias enteras. Te has aprovechado de las desgracias de los ciudadanos de esta ciudad. Y sigues pensando cómo seguir haciéndolo.

Notó cómo sus pantalones se humedecían. Era la única sensación que le decía que seguía vivo, aunque temía que no por mucho tiempo.

— No pienso dejarte que sigas haciéndolo. Esta noche, serás castigado por tus pecados.

— ¡¡No!! Por favor... no quiero morir...

— Suplicas por tu vida. ¿Cuántas veces no te han suplicado? ¿Cuántas veces no has puesto el cañón de tu arma en la frente de una persona y has ignorado sus lágrimas? ¿Pretendes que ahora sienta piedad?

Notó el movimiento a su espalda, Fabrizio se giró aterrado, no sabía por qué pero no quería morir así. Quería mirar de frente a su ejecutor y saludar a la propia muerte. El pánico se apoderó de él y se abalanzó hacia donde pensaba que se encontraba su captor. Golpeó, preso de un miedo terrible, al aire. Sus golpes se perdían en las sombras, se hundían en la oscuridad que lo envolvía. Y de pronto Él surgió de la nada y se detuvo ante su cara. Su rostro estaba envuelto en las mismas sombras que rodeaban a ambos, aunque intuía la cara de un hombre, Fabrizio apartó la vista y se agazapó en el suelo, encogido como un niño, llorando de pánico. Ahora Él estaba frente al aterrado capo, con su traje negro, su capa y las sombras envolviéndole, obedeciendo a su voluntad.

— Dame un nombre y vivirás por esta noche.

Durante esa noche se dedicó a visitar a cada una de las familias mafiosas de Reynolds. No lo hizo sólo por detener al asesino, su intención era hacerles saber que había vuelto a la ciudad y que ninguno de ellos estaba a salvo de él. Seguramente, a partir de esa noche, la seguridad en torno a los capos se multiplicase pero no le importaba, al menos había sacado los nombres que necesitaba. Tres chicas compartían la misma inicial, dos de ellas —por fortuna para él— trabajaban para la misma familia por lo que la zona sería la misma; lo malo era la otra chica: Tara Lohand. Trabajaba para Fabrizio y lo hacía en la zona de los muelles. Su instinto le decía que ella sería el próximo objetivo y esperaba no equivocarse.

No tardó en encontrarla, sólo necesitó tirar de algunas lenguas para que le dieran su descripción. Pasó toda la noche vigilándola pero no hubo indicio de amenaza, eso era lo que se temía. ¿Cuánto tendría que esperar? Cada noche que tuviera que esperar, otros crímenes estarían cometiéndose en la ciudad. ¿Pero podía, acaso, hacer algo más?

La noche siguiente, como le prometió a Betsy, fue a hablar con ella. Le contó lo que había averiguado y el nombre de la posible víctima. Ella le pidió que la llevara con él, quería tener la

posibilidad de narrar la detención del asesino y publicar la noticia en el Herald pero él la negó aquello, no podía permitirse ponerla en peligro. A regañadientes, ella aceptó por lo que la dejó en la redacción y se desplazó hasta los muelles para volver a vigilar a Tara. Pero Bettsy Bodeck es una mujer cabezota, muy cabezota, y ante la negativa del justiciero, tomó la decisión de ir hasta los muelles para tomar notas por su propia cuenta.

Había pasado la medianoche cuando ya vigilaba la zona, como de costumbre procuraba usar únicamente su habilidad con las sombras como último recurso. Sí, era impactante, efectivo, aterrador pero también era agotador; le había costado todo el día recuperarse de sus actuaciones de la noche anterior, temía tener que esforzarse esta noche. Por un lado le gustaría que esa noche no sucediera nada, así podría tomárselo con calma, incluso podría ir a visitar de nuevo a Bettsy. Pero apartó aquellos pensamientos de inmediato, la vida de una mujer dependía de él.

Fue entonces cuando notó que alguien se movía de manera furtiva; desde su posición en la grúa del puerto, tenía un amplio campo de visión y se percató de la presencia de aquel hombre antes que pudiera acercarse a Tara. Tomó aire y se dejó caer al vacío.

La capa se desplegó durante la caída, frenándole lo suficiente para que el gasto de energía al manipular las sombras le resultase mínimo. Tocó el suelo varios pasos por detrás del acechador y desde esa distancia pudo ver su atuendo, la vestimenta recordaba a las levitas usadas medio siglo atrás; desde luego, era un hombre por lo que pensó que los periódicos no se habían equivocado en su conjetura. Caminaba de manera calmada, era muy cuidadoso y si no hubiera sido por la posición desde donde vigilaba, nunca lo hubiera visto acercarse. Tara estaba a veinte metros de distancia de ellos y no se había percatado de su presencia, era una presa fácil. Siguió acercándose, acechándola y cuando estaba a punto de saltar para aumentar el número de víctimas, él decidió

actuar. Se concentró en las sombras que creaba la figura del hombre, era un truco simple pero muy aterrador para el que lo viera —y sobre todo para el que lo sufría—; la sombra sujetó los pies del acechador, éste no pudo reaccionar a tiempo y cayó al suelo, aturdido. Avanzó hacia él ordenándole a la sombra que lo retuviera en el sitio, dos manos hechas de tinieblas lo mantenían anclado pero su presa no gritó, no expresó temor, simplemente se quedó quieto. Cuando estaba junto a él, se dio cuenta que llevaba una máscara que le cubría la cara; como él, mantenía su rostro oculto. Tendió la mano y se la retiró, en ese momento sintió el mismo terror que hacía sufrir a los criminales.

— ¿Bettsy?

No podía ser ella. ¿Cómo era posible? Pero sí lo era, estaba allí, anclada al suelo por su sombra. Se dio cuenta de ello y soltó la presa, en ese instante —como si hubieran activado un resorte— Bettsy se lanzó hacia él con un cuchillo de la mano. Estaba tan aturdido por la situación que no se percató del arma, ni pudo reaccionar a tiempo cuando la mujer que amaba le atacó. Fue un fallo, uno muy peligroso y cuando el cuchillo se clavó en su abdomen se dio cuenta de lo estúpido que era. Se apartó de ella cubriéndose la herida con la mano, intentando detener la hemorragia. Dio dos pasos hacia atrás pero topó con el lateral de uno de los cientos

de contenedores que llenaban los muelles; Bettsy se abalanzó, esgrimiendo el cuchillo, intentando volver a apuñalarlo pero esta vez estaba preparado. Reuniendo toda su fuerza de voluntad convocó de nuevo la sombra de ella pero esta vez la utilizó para enfrentarse con la reportera.

Bettsy no se detuvo, le asestó varios cortes laterales pero la sombra no se inmutaba, no sentía el dolor que él estaba sintiendo. Miró hacia su abdomen y vio que la herida no dejaba de sangrar, si aquello continuaba durante mucho tiempo terminaría desfalleciendo. Le costaba mucho mantener el control sobre la sombra, no aguantaría mucho más pero temía herir a Bettsy; en ese momento había alzado la sombra sólo para detenerla, no se atrevía siquiera a golpearla. ¿Pero por qué se había convertido en una asesina? ¿Por qué no le decía nada? De pronto, durante medio segundo, perdió la concentración, sintió cómo se desvanecía y se dejó caer contra el contenedor. El golpe le devolvió la consciencia pero la sombra se había desvanecido. Bettsy volvía a encararle.

— ¿¡Por qué!? ¿Por qué haces esto?—gritó asustado.

Pero no hubo respuesta, sólo la misma indiferencia que había mostrado ella hacia él desde que retiró su máscara. No tenía fuerzas para convocar otra sombra, sólo podía defenderse con su pericia pero en esos momentos temía que fuera incapaz. Por fortuna, aún poseía algo de fuerza para un truco, uno que entorpeciera el avance de la mujer. Y así fue, ella no se percató de aquella mano que volvía a alzarse desde el suelo para hacerla tropezar y terminó perdiendo el equilibrio, fallando el golpe mortal que iba a asestarle. Él aprovechó aquello para sujetarla, golpeando la mano que sujetaba el cuchillo contra el contenedor para hacérselo soltar y a esa distancia lo vio. Sus ojos estaban vacíos. La conocía, sabía la vida que poseía su mirada pero ahora estaban apagados. Ausentes. Y de pronto ella rió.

Una sonora carcajada le heló la sangre. Era una voz gutural que no se correspondía con la de Bettsy.

— Ya me tienes. ¿Satisfecho? —volvió a reír, ni siquiera forcejeó con él— Sabía que vendrías a por mí, ¿debería felicitarte por el espectáculo que montaste anoche? Fue espectacular. ¡No se habla de otra cosa!

— ¡Quién eres!, ¡qué has hecho con Bettsy!—la rabia se apoderó de él.

— Te gusta, ¿verdad? Sí, a mí también. Fue genial tomarla. —sacó la lengua y la deslizó de forma lasciva por los labios de la mujer, eso le hizo enfurecer aún más. — Estaría encantado de tenerla cada día. — encantado... ¿es un hombre?, pensó él.

— Déjala. Sea lo que sea lo que hayas hecho con ella, ¡libérala!

— ¡Nunca! ¡Es toda mía! ¡Sólo la dejaré cuando muera!—volvió a reír enloquecida.

Lo tuvo claro, lo que sea que controlaba a Bettsy, no iba a dejarla ir. ¿Pero cómo podía salvarla? No podía matarla... ¿o a lo mejor sí? Era arriesgado pero era lo mejor que se le ocurría, el tiempo jugaba en su contra y debía terminar aquello ya. Así, reuniendo toda su

fuerza de voluntad, recurriendo al poder que había guardado en el más profundo rincón de su alma, usó la oscuridad para envolverles. Allí, envueltos por las sombras, él veía cómo Bettsy exhalaba su último aliento; las tinieblas le habían robado la vida y la habían convertido en una cáscara vacía, un cuerpo inerte que caía sobre sus brazos.

Las sombras desaparecieron y ambos quedaron abrazados en el suelo. Ella no respiraba pero él no estaba seguro sobre si lo que hubiera poseído a Bettsy, la había abandonado. Entonces escuchó un desgarrador grito en la lejanía.

— ¡Noooooooooooo! —aquel grito desesperado se apagó con el tiempo y el muelle volvió a quedar en silencio.

Recordó lo que debía hacer ahora, esperaba con todo su corazón que aquello funcionase. Juntó sus labios a los de ella y la besó, el tiempo pareció detenerse en ese largo y apasionado beso que recogía la última esperanza de un hombre que lo había arriesgado todo. La esencia que él poseía pasó a ella. Apartó su cara y la miró, deseaba saber cuánto debía esperar, qué debía hacer después. No sabía si se había equivocado en algo, si había esperado demasiado o no lo suficiente. Y ella, como si respondiera a sus preguntas, abrió los ojos y lo miró.

— ¡¡Extra, extra!! ¡¡La policía busca al asaltante de varias mansiones!! ¡¡Léanlo todo sobre el Sombrío!! —el niño sostenía una docena de periódicos bajo un brazo mientras con la mano libre agitaba otro para llamar la atención de los transeúntes.

— Dame uno. —dijo el hombre al descender del taxi.

Tras pagar el precio del periódico, y dejar la vuelta al niño, desplegó el diario y leyó el titular: Desconocido asalta las mansiones de grandes hombres de Reynolds. No pudo más que sonreír mientras entraba en el edificio del Herald. Varios minutos después, el ascensor le dejaba en la planta que albergaba los despachos de la redacción; de un lado a otro, máquinas de escribir, gritos por teléfono, carreras, se sucedían de una manera caótica. Al fondo vio el despacho que buscaba, dentro el editor del periódico, Gary G. Gilmore, discutía con una mujer que dabala espalda a la puerta. Cuando entró, ni siquiera se dio la vuelta o dejó la discusión de lado, por lo que pudo escuchar con claridad sus protestas.

— ¡[...] y estás acompañando con titulares así las mentiras que hunde día a día esta ciudad! ¿Grandes hombres de Reynolds? ¡¡Gary, son mafiosos, asesinos, ladrones!! ¡¡Para nada son grandes hombres!! — acompañaba sus gritos con violentos movimientos de manos.

— Bettsy, déjalo estar por favor, terminaremos esta discusión cuando estemos solos. —cortó Gilmore la discusión y señaló al hombre que acababa de entrar.

La mujer se dio la vuelta y se quedó muda cuando se fijó quién era. No sabía por qué pero su corazón no había respondido así la anterior vez que le vio, apenas tres días atrás, cuando lo entrevistó a su vuelta a la ciudad.

— Señor Maxwell. Bienvenido al Reynolds Herald. —le saludó el editor mientras la reportera era

incapaz de articular palabra. — Por favor, siéntese. Esta es su casa.

— Muchísimas gracias, señor Gilmore. ¿He interrumpido algo? —preguntó al editor mientras seguía mirando a la joven reportera, que por fin pareció reaccionar.

— No, nada, la señorita Bodeck y yo únicamente intercambiábamos opiniones. —sonrió, intentando quitarle hierro al asunto.

— Así es. Señor Maxwell y si me disculpan, voy a ocuparme de un artículo que tengo a medias. —al despedirse, Grant Maxwell le dedicó una sonrisa que ella no pudo olvidar.

Betsy Bodeck, una mujer dura, decidida, tenía las cosas claras con lo que quería y que Dios se apiadase de quien se interpusiera en su camino; tenía todo lo que un gran reportero debía poseer para ser portada de la edición diaria. Y se había quedado en blanco. Algo dentro de ella había hecho contacto y la había convertido en una estatua frente al hombre que, tres días atrás, había tachado de egocéntrico, infantil y desentendido con lo que realmente pasaba en el mundo.

Desde su mesa en la redacción, Betsy vio cómo ambos hombres charlaban en el despacho y durante unos segundos no supo qué hacer, hasta que reaccionó y rescató el artículo que tenía a medias, guardado en una carpeta sobre su escritorio: El regreso de la justicia. ¿Acaso era un nombre demasiado grandilocuente? Muchos piensan que es un asesino, pero ella sabe que es el héroe que esa ciudad necesita. Él, ha vuelto.

Y la sonrisa volvió a asomar a sus labios mientras introducía la hoja en la máquina de escribir y retomaba su trabajo.

Como cada noche, Betsy era la última en abandonar la redacción. Recogió su bolso y apagó la luz que iluminaba su mesa. Otra gente, al encontrarse sumida en la oscuridad, suele sentirse incómodos pero ella no. Algo en su interior la hacía apartar esa incomodidad y aumentar una extraña sensación de seguridad. Sentía cómo las sombras la protegían, como si estuvieran allí para ella.

El ascensor llegó hasta su planta y la luz de su interior apartó aquella oscuridad. Cuando llegó a la calle se despidió del portero y rechazó, amablemente, el ofrecimiento de éste para llamarla a un taxi que la llevase a casa. Aquella noche la apetecía caminar y así lo hizo.

Cruzó la Avenida Pennyworth, sorteando varios coches. Las luces de los locales de fiesta arrojaban colores brillantes sobre ella. Las parejas entraban y salían de aquellos lugares, siempre sonriendo, alegres, despreocupados de la miseria que recorría el globo. 1945 estaba siendo un año duro y muchos preferían ignorar el horror que habían padecido durante la Guerra pero el optimismo tras la victoria de los aliados convertía aquel deseo de ignorancia en un derecho que se habían ganado. Ella, sin embargo, pensaba que la gente no debía dormirse, no debía vivir en un mundo de ilusiones y debían aceptar la crueldad que se escondía más allá de aquellas luces de

colores.

Salió de la Avenida por una calle lateral, mucho menos iluminada y volvió a sentir aquella sensación de seguridad que la oscuridad la ofrecía. Sin dejar de andar, casi paseando, Bettsy supo que no estaba sola.

— Ayer te desobedecí.

— Lo sé. Pero no tienes que preocuparte. —su voz venía de todas partes, la envolvía como lo hacía la oscuridad.

— Pasó algo, ¿verdad?

— Es mejor que no hablemos de ello. Estás bien, es lo importante. —algo en él había cambiado, estaba segura que para mejor.

— Lo lamento. —dijo ella, sintiendo de verdad lo que había hecho. — Esta mañana, cuando me desperté en mi cama, sin recordar nada de la noche anterior... tuve miedo.

Él no respondió, aunque ella sabía que seguía escuchándola.

— Durante todo el día estuve preocupada por lo que pudo pasar, no ha sido uno de mis mejores días. — recordaba la discusión con Gilmore y la estúpida reacción que había tenido con Maxwell o sus dudas al plantearse el artículo que hablaba sobre Él. — Pero cuando llegó el ocaso y la oscuridad tomó la ciudad, me di cuenta que lo que sucediera anoche, tú estuviste ahí y me protegiste.

Bettsy se detuvo y levantó la vista del suelo. En mitad de aquella calle, iluminada por la luz de varias farolas, aquella mujer parecía frágil, todo lo contrario de la impresión que daba cuando se encontraba en la redacción. Aquella era una parte de Bettsy Bodeck que Él no había conocido nunca.

— No tienes nada que temer, Bettsy. Siempre estaré cerca.

Allí estaba Él, un cúmulo de sombras que avanzaban en silencio y se apartaban, movidas por su propia voluntad; cuando estaba frente a ella posó sus manos en sus hombros. Ella se estremeció y hundió su rostro entre sus brazos, notó una calidez que nunca había sentido hacia Él. La apartó lentamente, limpiando con un dedo el rastro de lágrimas que habían manchado su cara.

— Siempre estaré para ti. Para la ciudad. Para todos. Es un nuevo comienzo, a partir de esta noche.

Y las sombras lo alzaron a los cielos, dejando a la joven reportera en medio de la calle. Y en la azotea de uno de los muchos edificios de viviendas, le vio. La silueta del hombre que amó, de aquel que simbolizaba la justicia en un mundo difícil como el que les había tocado vivir. Ella



sabía que podía confiar en él, y que con el tiempo podría volver a amarlo. Pero también sabía que el camino que les esperaba sería duro.

La oscuridad lo envolvió y su imagen desapareció. Él había vuelto. Reynolds volvía a estar protegida por la figura de **Black Shadow**.